

Claves genealógicas para un abordaje de la crisis desde la filosofía contemporánea

Senda Sferco*

Resumen

Los estudios filológicos clásicos confluyen en señalar que “krisis” proviene de la raíz griega *krr, base común a un cortejo de nociones que convocan las nociones de corte, de muerte, de redirección y jefatura. El estudio de esta procedencia polisémica permite hacer frente a las explicaciones que han hecho de la crisis la figura de un movimiento reiterado, imponderable, cíclico o de algún modo fijado a través de su repetición, para dar cuenta, en cambio, de su potencialidad de ruptura y de movimiento. Mediante un recorrido genealógico la idea de *crisis*, será abordada dando cuenta del estatuto epistémico que habilita su posición “crítica” en el saber médico en el siglo V a.-C. Tal como veremos, de la mano del diagnóstico y del pronóstico elaborados por la medicina hipocrática, la *krisis* solicitaba una visión múltiple de lo experiencial a la vez que exigía una toma de posición decisiva para una acción en riesgo, resolutive. Este anacronismo nos permitirá reinvestir a la crisis de su capacidad actuante, cuando, de vuelta al tiempo presente, demostraremos cómo esta comprensión de la *krisis* permite construir un marco de intelección conceptual para dar visibilidad a la ya consolidada crisis de nuestro mundo contemporáneo, interpelando las constricciones de una filosofía de la acción que de algún modo ha quedado compelida a dar cuenta en términos dialécticos, o de causa-efecto, de los complejos avatares de una situación de urgente actualidad que aún debe movilizar nuestras capacidades de producción filosófica.

Palabras clave: crisis – filosofía – política – contemporánea – genealogías griegas – acción crítica.

* Investigadora de Conicet en Argentina e Investigadora del Instituto Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Antropóloga (UNR), Doctora en Filosofía (Université Paris VIII) y Doctora en Ciencias Sociales (UNQ), post-titulada en Estudios culturales y artísticos en la STSI-ISI (Bali, Indonesia).



Resumo

Os estudos filológicos clássicos confluyen em assinalar que “krisis” prove/provem da raiz grega *krr, base comum a um cortejo de noções que convocam as noções de corte, de morte, de redirección e jefatura. O estudo desta procedência polisémica permite fazer frente às explicações que têm feito da crise a figura de um movimento reiterado, imponderable, cíclico ou de algum modo fixado através de sua repetição, para dar conta, em mudança, de sua potencialidade de ruptura e de movimento. Mediante um percurso genealógico a ideia de crise, será abordada dando conta do estatuto epistémico que habilita sua posição “crítica” no saber médico no século V a.-C. Tal como veremos, da mão do diagnóstico e do prognóstico elaborados pela medicina hipocrática, a krisis solicitava uma visão múltipla do experiencial ao mesmo tempo que exigia uma tomada de posição decisiva para uma acção em risco, resolutiva. Este anacronismo permitir-nos-á reinvestir à crise de sua capacidade atuante, quando, de volta ao tempo presente, demonstraremos como este entendimento da krisis permite construir um marco de intelección conceptual para dar visibilidade à já consolidada crise de nosso mundo contemporâneo, interpelando as constricciones de uma filosofia da acção que de algum modo tem ficado compelida a dar conta em termos dialécticos, ou de causa-efeito, dos complexos avatares de uma situação de urgente actualidade que ainda deve mobilizar nossas capacidades de produção filosófica.

Palavras-chave: crise – filosofia – política contemporânea – genealogias gregas – acção crítica.

Introducción

A menudo pensamos la crisis como algo dado por evidente y necesario. Desde que el capitalismo incluyó este concepto como parte de su dinámica inevitable, y la modernidad la hizo carne de su proyecto emancipatorio, pareciera no haber generación que haya quedado a salvo de su experiencia, ni se viera sin más tomada por sus altibajos, por su “plena presencia”. Como si quisiera perpetuar su lógica al infinito, la crisis hoy ha perdido su fertilidad conceptual activa, por así decirlo: ya no es una clave heurística capaz de inteligir aquello que efectivamente ocurre en la experiencia, ni de diagnosticar lo que hace problema en nuestro mundo contemporáneo, menos aun demuestra utilidad la crisis a la hora de impulsar una ‘acción’ capaz de modificar el estado de las cosas y trastocar nuestras posibilidades de futuro.

En cambio, la idea de crisis, sí se ha instalado como parte de las figuras que componen nuestro tiempo presente, alineada en la inercia de una temporalidad “presentista”: Esta idea, acuñada por el historiador conceptual contemporáneo F. Hartog¹, intenta caracterizar por la vía de una metáfora el régimen de historicidad en el que se enmarcan los modos de saber, hacer y sentir de nuestra actualidad. Según su perspectiva se encontrarían atravesados por una vivencia dilatada del presente, como única temporalidad visible irrigada en todos los espacios. El registro de una experiencia temporal desde la cual la producción subjetiva de nuestra actualidad registraría su validez *siempre en tiempo presente*, advierte Hartog, tiene como resultado la apología de una iterabilidad que no da lugar a pensar y actuar otras temporalidades posibles. El pasado sólo opera en función de una rememoración rumiante, el futuro únicamente como irrealizable utopía. Ni en uno ni en otro polo temporal el régimen de historicidad presentista encuentra una tensión productiva capaz de confrontar la compulsión de su lógica. No hay punto desde donde la crisis que instala la visión de un presente amalgamado a una idea presentista pueda recuperar sus tensiones

¹F. Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, México, Universidad Iberoamericana, 2007, p. 118.

constitutivas, su capacidad reflexiva y su fuerza disruptiva y actuante.

En este contexto que, aun delimitado muy rápidamente, intenta operar en el marco de esta exposición como punto de partida retórico, la crisis, deviene en una noción naturalizada, tomada por la lógica de la repetición de una temporalidad que sólo busca inscribir similitudes obliterando toda diferencialidad experiencial. La crisis, instalada en las discursividades –las de los medios dominantes, la del sentido común, pero también la de cierta tradición de la filosofía–, a nuestro parecer, ha ido afianzando –permitámonos la expresión– una suerte de “estatuto epistémico *inactivo*”² que considera su presencia conceptual en los problemas del mundo contemporáneo pero que desconoce la lectura de su contingencia y el diagnóstico de posibilidades actuantes.

La crisis, así, aparece como una noción cerrada sobre sí misma, como una suerte de bucle temporal cuya visión *pareciera hacer pie en un problema que se arrastra desde el pasado, y en un corte futuro que finalmente no realiza*. Frente a esta escena de circularidad enviciada³, siempre ávida de engullir toda posibilidad discursiva y experiencial que no sea la de su lógica, ¿qué posibilidades nos deja la crisis para reavivar su impotencia y dotarla de una capacidad epistémica activa?

La crisis en el marco de la filosofía política contemporánea

Las perspectivas de la filosofía política contemporánea –pienso en M. Foucault, G. Deleuze, J. Derrida, G. Agamben, entre otros–, han asumido la tarea de dar cuenta de la dificultad de diagnosticar histórica y experiencialmente, las prácticas y posibilidades de acción capaces de “faire écart” –de tomar distancia y producir

²Este artículo retoma la hipótesis respecto del “*estatuto epistémico activo*” que ha de retomar la noción de crisis en los prismas de lectura orientadores de la reflexividad actual, publicadas en nuestras contribuciones en la Revista de Filosofía *Hermenéutica Intercultural* de la Universidad Católica Silva Rodríguez, Santiago de Chile, ISSN: 0719-6504, Num. 28 (2007).

³Crf. Marcuse, Herbert, *One-Dimensional Man: Studies in the Ideology of Advanced Industrial Society*, Boston, Beacon Press, 1954.

diferencialidad—, respecto de lo dado por obvio y evidente en las discursividades de nuestro presente. A través de una fuerte y sistemática crítica a los efectos de una filosofía tradicional que ha reposado en sus conceptos un propósito de adecuación ontológica, podríamos decir que la misión tácita de la filosofía política contemporánea —aún a riesgo de simplificar someramente los abordajes singulares de cada uno de sus referentes—, ha sido hacer pie en la experiencia para identificar, crear y poner en práctica, nociones capaces de inteligir las tensiones constitutivas que hacen a su dinámica relacional, de modo tal de permanecer abiertas conceptualmente, y sostener una apertura crítica al acontecimiento de lo aún no tematizado. Se trata de habilitar una producción de conceptos filosóficos que apunte a problematizar la diferencialidad de las prácticas de la experiencia⁴, en vez de unificar sus explicaciones. Para estar a la altura de dicha tarea, la filosofía no sólo ha debido “correr tras la actualidad”⁵ atenta a aquello que iba a aconteciendo en el orden de las prácticas, sino que también ha debido recurrir a otras discursividades. Así, abismándose en el diálogo siempre refractario de la interdisciplinariedad, se ha munido de métodos de trabajo peculiares para abordar, entre otros, los regímenes de la temporalidad y de la historia —entendiendo que era preciso reapropiar filosóficamente estas coordenadas en las que se cifra la experiencia para dar cuenta, no ya de la edificación de sus grandes proyectos, sino de la composición heteróclita de sus singularidades. Es una perspectiva que se asume humilde epistémicamente, que prefiere hacer foco en las paradojas inadecuables entre el nivel empírico y las conceptualizaciones teóricas que se elaboran para inteligirlo, sabiendo que sólo a partir de la dinámica abierta por este prisma polisémico podrá proponer claves capaces de inteligir la multiformidad de lo actual y echar luz sobre lo que nos sigue

⁴En este sentido, estas perspectivas ciertamente son herederas de la apertura de conceptos que requiere, “ejemplarmente” (Cfr. G. Agamben, *Signatura rerum. Sobre el método*, Ed. Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2009) la noción misma de democracia —centro nodal del proyecto moderno— en tanto concepto siempre abierto al acontecimiento de lo nuevo, de lo aún no tematizado (Cfr. P. Vermeren, “La aporía de la democracia por venir y la reafirmación de la filosofía”, *Enrahonar. Quaderns de Filosofia*, 48, 2012, pp. 85-94.).

⁵Cfr. Foucault, “L'éthique du souci de soi comme pratique de la liberté”, Entrevista con H. Becker, R. Fornet-Betancourt, A. Gomez-Müller, 20 enero 1984, en: *Dits et Écrits*, Vol. 2, París, Quarto Gallimard, 2001, pp. 1527-1549.

convocando problemáticamente.

Este gesto “crítico” reconoce la crisis como una evidencia sin fundamento primero ni último en nuestro presente⁶, y se propone, no solamente la tarea heurística que describa comprensivamente sus repeticiones, sino mejor, la apuesta práctica por intentar bifurcar la serie de su iterabilidad⁷. Para realizar este movimiento, no habrá un solo camino, ni una única manera de efectuarlo. A diferencia de la voluntad de futuro de una filosofía de la historia, desde las perspectivas posfundacionales⁸ de la filosofía contemporánea esta posibilidad bifurcativa ya no será propositiva. Sus conceptos no recurrirán a un momento originario que se fije como *arkhé* propulsor de su movimiento. Tampoco a un *telos* que opere como objetivo o punto de llegada. Si partimos de la constatación de que la crisis, tomada por la circularidad viciosa del modo de producción capitalista que tiene en ella una instancia ratificadora de su curso ha devenido una instancia inevitable en nuestro mundo, si asumimos que desde esa “inevitabilidad” su fuerza conceptual ya no es productiva para efectuar un análisis de los términos que anuda conflictivamente, es preciso echar luz sobre ella, apuntando a una comprensión diferente capaz de dar visibilidad al carácter disyunto que la semántica de dicha noción trae aparejada.

La urgencia de lo que *hace* problema en nuestra actualidad y *sigue* sin ser nombrado, insta –tal como arengaba Foucault⁹– a que la filosofía trabaje en la tarea de efectuar un diagnóstico crítico del presente para posicionar los términos de una acción capaz de producir un franqueamiento respecto de lo dado.

Frente a esta tarea, la pregunta que modestamente agregamos nosotros, es: ¿puede la crisis ser una de las nociones activas de esta tarea? ¿es posible resignificar la crisis a partir lo de que *hace crisis* en la práctica misma? Si es cierto, junto a

⁶Cfr. O. Marchart, *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2009.

⁷Cfr. G. Deleuze, *Diferencia y repetición*, Buenos Aires, Amorrortu, 2002; M. Foucault, *Le courage de la vérité. Le gouvernement de soi et des autres II*. Cours au Collège de France 1983-1984, París, Seuil, Gallimard, 2009.

⁸O. Marchart, *El Pensamiento político posfundacional...*, op. cit.

⁹M. Foucault, *Le courage de la vérité*, op. cit.

Foucault, que a través de ella hemos de cifrar las claves del diagnóstico crítico de nuestro presente, tomando distancia para poder actuar en él de otra manera *a como ya sabido*, y actuar bifurcando el círculo vicioso de su iterabilidad, ¿qué reflexividad crítica reavivaría esta noción? ¿qué perspectivas podrían sostener la apertura epistémica capaz de inteligir aquello que hace, y seguirá haciendo crisis, aprehendiéndolo en la singularidad de una experiencia diferencial e historizada? ¿qué relaciones analíticas, podrán, *efectivamente*, volverla una clave fértil para interpelar –para producir *écart*- y ampliar nuestra comprensión de la actualidad?

Ciertamente, será preciso diversificar los abordajes y recuperar un entendimiento más vasto de las posibilidades de la misma. En este sentido, poniendo en valor el gesto genealógico propio del tratamiento histórico de la filosofía política contemporánea y la productividad que los anacronismos temporales habilitan para una comprensión más amplia de las paradojas y complejidades de nuestro presente, propondremos, en lo que sigue, emprender un recorrido en el tiempo que permita abreviar herramientas para dotar de un *estatuto epistémico activo* a la cuestión de la crisis contemporánea. Esta tensión será cartografiada en diversas escenas problemáticas, enfocando, particularmente, el tratamiento específico de una temporalidad bifurcativa que *krisis* exigía en el saber médico de la antigua Grecia.

Interpelar lo actual desde los anacronismos históricos. La etimología griega de *krisis* y su importancia crítica en el saber médico del siglo V a.-C.

Etimológicamente, crisis proviene del vocablo griego *krisis*, cuya raíz “*krr” filológicamente remite a la idea de una acción que puede venir a nombrar un tiempo-espacio de corte, de muerte, de bifurcación, de nuevo comandamiento; es una acción que implica una toma de una decisión que parte aguas. Este mandato etimológico emparenta *krisis* a la idea de *krino* (juicio, separación), *krinein* (reparto, distribución), *krasis* (mezcla), *kratos* (poder, jefatura), *kuno* (decisión)¹⁰.

¹⁰Cfr. P. Chantraine, *Dictionnaire étymologie de la langue grecque. Histoire des mots*, Vol. II E-K,

Ciertamente, tomada por el eco de este cortejo semántico, *krisis*, en el contexto arcaico que hizo emerger esta noción, hereda una filiación que se traduce como capacidad de intelección de la multiformidad de elementos que componen su contingencia, con vistas a actuar en él. Su estatuto es variable y se encuentra siempre ligado al carácter mezclado de las circunstancias que generan su aparición. Por ello *krisis* tiene la facultad de poder remitir y vincular, varias situaciones disímiles a la vez, yuxtaponiendo órdenes discursivos y saberes diversos que, contrariamente, desde otro tipo de registro analítico estarían cantonados según sus diferencias. *Krisis*, así, desde un inicio, precisa de las *krasis* de las circunstancias concretas, de su entremezclado de prácticas, saberes, afectos, conflictos, pasiones. Es en esta materialidad heterogénea y compuesta donde *krisis* emerge, para actuar en un orden dado de posibilidades que, en cada situación, convoque su decisividad crítica.

En consecuencia, *krisis*, etimológicamente, no ostenta un saber desligado de su ejercicio. No se erige como mandato ni opera su reproducción discursiva por fuera de las prácticas que la señalan. Su capacidad heurística es tal que su lectura puede ser referida a una materialidad concreta aquí y allá, en contextos diversos y siempre circunstanciados, y separar (*krino*) las lógicas unificadas que impiden pensar otras posibilidades actuantes y/o juzgar un nuevo re-parto (*krinein*) respecto de las distribuciones vigentes. El punto en común, empero, radica en que sea el caso que sea, *krisis* viene siempre a marcar una posibilidad de interrupción respecto del orden ya dado.

En este sentido, es importante subrayar el énfasis que *krisis* porta desde su filología y que acentúa la idea de corte y de muerte ligada al radical **krr*. Esta disposición, le exige hacer honor a su capacidad actuante: *krisis*, en la configuración que le dio emergencia, tal como mencionamos, solicita una acción bifurcativa, una toma de decisión que de corte a las mezclas circunstanciadas tal como vienen siendo legitimadas. Este re-parto de aguas apunta a solucionar o, al menos, dar alguna

París, Klincksieck, 1970, p. 584

respuesta, a aquello que en la práctica hace problema, y ha quedado superpuesto, amalgamado o invisibilizado en la mezcla (*krasis*) y en las distribuciones (*krinein*) vigentes, y convoca la necesidad de su emergencia.

La crisis en el saber médico

Tal vez sea interesante recabar en una de las disciplinas que ha hecho de la crisis un punto nodal de su ejercicio epistémico y técnico: el saber médico. En este sentido, y prosiguiendo el recorrido genealógico, es interesante tener en cuenta las particularidades que asume la elaboración de saberes en el contexto de unificación de las *technai* de la Grecia del siglo V a.-C., puesto que es el momento en donde la naciente Medicina Hipocrática jugará un rol fundamental y marcará una posición paradigmática inédita¹¹.

Es necesario recordar, que en el siglo V a.-C., Grecia está surcada por la crisis de composición que impone a la multiplicidad de las cosas el “modelado” cósmico del mundo según la lógica relacional de la *physis*. Este concepto, heredado de la filosofía jónica de la naturaleza, otrora aplicado en función de una comprensión del *kosmos* en su conjunto, en la era de la *techné*, en cambio, es transferido al terreno del hombre, quien, tal como lo describió Demócrito (460-370 a.-C.) “...es como el mundo en pequeño”¹². De esta manera, el hombre se concibe por analogía a la naturaleza como una unidad de conjunto, organizada, sistematizable. Su estudio y conocimiento habrá de permitir, en consecuencia, garantizar el tratamiento y la conservación de su equilibrio (que, como veremos, es el horizonte que trazan los ideales apolíneos de la Grecia clásica).

¹¹Probablemente solo igualada como gesto disruptivo por la práctica de los Sofistas, quienes hacían de la *krisis* una oportunidad actuante del discurso sobre el otro. Tal como recordaba Gorgias, el ser puede ser o no ser, y en este registro ambivalente y móvil se dirimía una posibilidad decisiva siempre bifurcativa del orden de saberes en cuestión. Cfr. B. Cassin, comp., *Vocabulaire européen des philosophies: Dictionnaire des Intraduisibles*, París, Éditions du Seuil, 2004.

¹²Demócrito, “Máximas”, en: *Fragmentos Presocráticos: de Tales a Demócrito*, Buenos Aires, Alianza, 2008, p. 45.

Las pertinencias de las diversas epistemes se hallan entonces así compelidas a organizar sus saberes arcaicos a la manera de artes racionales capaces de sistematizar el registro de lo empírico y definir las reglas de una técnica. Se esperaba que ésta fuese plausible de abordar, analizar y prever el tratamiento de cada situación. Así, las diversas *technai*, se configuraban según criterios matemáticos que regían la necesidad de cotejar en cada caso *criterios* de medida, número y exactitud¹³. Ahora bien, ¿cómo dar cuenta de estos requerimientos en la multiplicidad mezclada de las circunstancias? ¿De qué manera podrían articularse las exigencias de estos criterios, de modo de no arrancar a *krisis* la potencialidad semántica y activa que comporta su uso? ¿De modo de no unificar su movilidad a una *techné* siempre solícita de mostrarse mensurable, calculable y *exacta*?

De un modo ciertamente revelador y sincero, la Medicina Hipocrática fue el primer ámbito de saber que se animó a confesar hallarse frente a una imposibilidad teórico-práctica a la hora de arribar a estos ideales. Efectivamente, en el ámbito del saber médico, medida, número y exactitud operaban como criterios organizativos, pero no podían garantizar su funcionamiento como factores de validación epistémica. Es tanta la complejidad de factores intervinientes en las causas de las enfermedades, en sus procesos de evolución, en sus métodos de cura, que, la cuestión de una acción concebida como *akribeia*, la exactitud, en el ámbito médico no podría ser mantenida más que como una suerte de expectativa, de horizonte ideal.

Más humildemente, y como lo explicita Hipócrates en la letra de uno de los Tratados denominados “Teóricos” y conocido como *Antigua Medicina*, su saber habrá que contentarse, sin más, tan sólo con “apuntar a una especie de medida”, confesando que en este ámbito complejo, “raramente es posible tener la exactitud absoluta”:

¹³La noción, *akribéia*, designa un horizonte de búsqueda en la *physis* (naturaleza) que, de la mano de las *technai* en el siglo V a.C., solicita un orden que ha de recurrir siempre a la misma fórmula “técnica”: será preciso respetar, ante todo, el seguimiento de una medida peculiar, con pretensiones de precisión, que no será de ahora en más sino la resultante de un cálculo entre el “número” y el “peso”. Estos tres términos (medida, número y peso) son indisolubles y su articulación es la única garantía de “claridad” y de “exactitud”, frente a una producción de saberes cada vez más creciente en la maraña común de la *polis* clásica. Cfr. F. Heinemann, “Mass, Gewicht und Zahl”, *Museum Helveticum*, Vol. 32, No. 3 (1975), pp. 183-196, consagrado a la tríada “medida, número, peso”.

Si la cosa fuese tan simple como pareciera indicarse, si fuese cierto que el alimento demasiado fuerte fuese siempre una incomodidad, el alimento más débil siempre una ventaja, tanto para el enfermo como para el hombre saludable, el asunto sería fácil a reglar: ya que bastaría con crear un ancho margen de seguridad respecto del alimento más débil. (...)... las cosas son mucho más complejas y requieren un método exacto: **es preciso apuntar a una especie de medida**. Sin embargo, en cuestión de medidas no podríamos hallar nombre ni peso como referencia para un conocimiento exacto que no sea el que resiente el cuerpo del enfermo: trabajo duro es el de adquirir una ciencia lo suficientemente precisa como para no cometer errores ligeros, ni en un sentido ni en el otro; en cuanto a mí, no dejaría de cubrir de elogios al médico que comete errores ligeros ya que **raramente es posible tener la exactitud absoluta**¹⁴.

En efecto, la vastedad de tratados, estudios y escritos que compone el *Corpus Hipocrático* (420-350 a.C.), da cuenta de esta diversidad: saberes teóricos se combinan con saberes prácticos, análisis de anatomía humana y animal, enfermedades y afecciones, humores, epidemias, dietas, enfermedades de la mujer, articulaciones, fracturas, descripciones de los diversos ‘lugares’, y su influencia en los aires y las aguas, etc., también, exámenes que versan sobre el punto de vista del médico, entre otros.

Como si el *Corpus* no pudiese demostrar más que el gesto de una condición humana frente al infinito, la heterogeneidad estos capítulos muestra la avidez de un campo de saber que sólo sabe que siempre quedará incompleto. Ciertamente, en materia de saber médico, las causas y factores a identificar resultan de elementos mezclados y tan dispares entre sí, que es imposible siquiera soñar con anticiparlas completamente. La crisis, aquí, tal como veremos, surge de la puesta en visibilidad de una situación contingente: la enfermedad, que, heredera de un imaginario arcaico, se explica como causa de un desequilibrio del cuerpo. Gracias a la intervención del saber del médico este desequilibrio *intentará* reequilibrarse, aunque sabiendo que

¹⁴La traducción y el resaltado son nuestros. Hipócrates, “Antigua Medicina”, en: E. Littré, *Oeuvres Complètes d'Hippocrate*, Traduction Nouvelle, 21 vols, París, Baillièrre. Librairie de l'Académie Royale de Médecine, 1839, p. 588.

nunca ha de quedar exento de su carácter inestable.

Las tensiones no dicotómicas equilibrio/desequilibrio:

Es interesante detenerse a atender un poco más pacientemente esta cuestión de los equilibrios y desequilibrios del cuerpo, ya que, de un modo ciertamente complejo, y lejos de la figuración numérica y/o cuantificable de una balanza, en materia de salud, el equilibrio es frágil y, una vez desequilibrado -contra toda tentación continuista-, nunca retorna al mismo punto en el que se encontraba antes (tampoco este movimiento implica –modernamente- necesariamente una pérdida, a veces el retorno es débil, otras veces, se retorna con más fuerza).

¿Cómo se compone, entonces, esta configuración *siempre bifurcada* de la dinámica equilibrio/desequilibrio como objeto de las prácticas de saber de la Medicina hipocrática?

Primeramente, es preciso tener en cuenta, tal como anticipamos, que “la salud” para la medicina hipocrática es consecuencia de un equilibrio (*symmetria*) que resulta de la mezcla adecuada de los elementos constitutivos del hombre. Esta idea, que proviene del imaginario arcaico de los cuatro humores¹⁵, habría sido formulada por primera vez por Alcmeón de Crotona, quien definía a la salud a la manera de una *isonomia* o *isomoira*, esto es, mediante una dinámica temporal capaz de ir manteniendo las proporciones (estamos en el mundo de *krino*) entre los distintos elementos del organismo, puesto que así aparecen equilibrados *también* en el conjunto de la naturaleza.

Sin embargo, tomando distancia de las afirmaciones “presocráticas” –que veían por ejemplo en el “calor” un principio natural causante de toda salud así como de

¹⁵Para la ‘teoría de los humores’ las cualidades que caracterizan los humores humanos son ordenados en cuatro grupos y, destacando sus interrelaciones, se sostiene que funcionan conforme a ‘pares de opuestos’: sangre y bilis negra, flema y bilis amarilla. Correlativamente, se asocian a cada uno de los elementos de la *physis*, que también son cuatro: aire, tierra, agua y fuego, y configuran el imaginario arcaico de causas y efectos de las enfermedades.

toda enfermedad–, la medicina hipocrática, pretende en cambio abarcar un mayor espectro de causalidades entendiendo que el accionar de las mismas nunca será aislado, sino relacional. Como claves de una dinámica más compleja, entonces, lo salado y lo amargo, lo dulce y lo ácido, lo áspero y lo suave, etc. que antes balizaban los movimientos de opuestos complementarios ligados a los diversos humores del cuerpo, ahora forman parte de la gran diversidad de factores a tener en cuenta a la hora de “juzgar” (*krino*) la enfermedad, en el momento de identificar su *krisis* —tal como veremos más adelante. En efecto, la enfermedad constituye una “agresión”¹⁶ contra el equilibrio; una especie de amenaza a la *isomoiria*, cuyas alteraciones —que son objeto de un registro casi “etnográfico” en el primer libro de los volúmenes intitulados *Epidemias*— dan prueba del espacio infinito de las circunstancias. Ciertamente, los factores de desequilibrio son innumerables, e incontable también es la producción de sus efectos, debido a la gran diversidad de individuos, hábitos alimenticios, modos de vida, factores climáticos, enfoques terapéuticos, etc. que pueden estar presentes. Siguiendo esta lógica, para este saber el equilibrio *saludable* siempre resultará de una “mezcla” (*krasis*) de elementos. Los repartos (*krinein*) saludables/no saludables entre estos elementos, siempre situados en una circunstancialidad determinada, son los que permitirán interpretar una definición de la “enfermedad”, que adviene como un desequilibrio causado por la supremacía de uno de esos elementos sobre los otros. *Krisis*, tal como veremos en lo que sigue, es el punto álgido, *akmé*, que desencadena este reparto de equilibrio/desequilibrio al servicio de la salud y la enfermedad. Su emergencia ocurre en un espacio-tiempo complejo, donde es preciso reposicionar *cada vez* los términos de su equilibrio,

¹⁶Es interesante esta consideración de la pérdida de equilibrio conducente a una enfermedad, como una “agresión” contra el cuerpo y/o el organismo, puesto que ha nutrido no pocos enfoques contemporáneos, como ser las escrituras acerca de *inmunitas* por parte del filósofo italiano Roberto Espósito, por ejemplo. Cfr. R. Espósito, *Inmunitas. Protección y negación de la vida*, Bs. As., Amorrortu, 2005. Para ampliar las referencias arcaicas y clásicas acerca de la “enfermedad” como agresión, es muy revelador el estudio presentado por J. Jouanna “Médecine et protection. Essai sur une archéologie philologique des formes de pensée”, en: *Formes de pensée dans la Collection Hippocratique, Actes du colloque de Lausanne*, Genève, 1983:21 y ss. En: M. Trédé, Kairós. *L'à-propos et l'occasion (Le mot et la notion, d'Homère à la fin du IV^e siècle avant J.-C.)*, Paris, Éditions Klincksieck, 1992, p.151.

siempre condicionado por la dinámica relacional del contexto, y actuando de un modo *siempre diferido* respecto del estado anterior.

En este sentido, la medicina hipocrática asume que, si bien los procesos de equilibrio y desequilibrio remitiendo a la salud o a la enfermedad no podrían predestinar su devenir, ni retornar a su punto de destino, sí radica en la *techné médica* el esfuerzo por sistematizar lo más exhaustivamente posible todo conocimiento incidente en estos procesos, de manera tal que puedan ser correctamente abordados e incluso, algunas veces, tal como veremos más adelante respecto del *Pronóstico*, “previstos”. Tal es la pretensión teórica de un saber médico que debe ir sistematizando los datos multiformes que va registrando respecto de la salud y la enfermedad, a través de una dinámica de equilibrio/desequilibrio distinta cada vez y que tiene lugar a lo largo del tiempo. Así, incrustado en la materialidad de las circunstancias, para esta producción de saber “...*todo resultado positivo dependía de la observación exacta de los hechos concretos y lo que en ella se ventilaba era la vida humana*”¹⁷.

De esta manera, teniendo como centro la vida humana, la productividad y el alcance de las contribuciones del saber médico no podrían encallar en una reflexión acerca de lo que el hombre “es” en términos de naturaleza. Al contrario, tal como se plantean los objetivos del *Corpus Hipocrático*, el foco de esta ampliación de la mirada está aquí en atender a “*lo que [el hombre] es en relación con lo que come y bebe y a cómo vive y a los efectos que todo esto produce en él*”¹⁸. Atender a lo que ‘el hombre es en relación con’... Sólo una perspectiva relacional que considere articuladamente el registro de la particularidad de sus usos podrá sostener, tan cercanamente como pueda, la cercanía de la *akribeia*. Sólo una perspectiva dialógica podrá sostener la sensibilidad y la escucha que supone esta práctica siempre recompuesta de saber.

¹⁷W. Jaeger, *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, México, FCE, 1957, p. 801.

¹⁸Hipócrates, en: E. Littré, *Oeuvres Complètes d'Hippocrate*, op. cit., p. 20. Nuestra traducción.

Escuchar, sentir, dialogar la *krisis*

*Si fuese posible encontrar para cada constitución individual
una proporción exacta de los alimentos
y de los ejercicios sin exceso ni defecto,
habríamos encontrado entonces muy exactamente
la salud para todo el mundo¹⁹.*

De un modo sin duda más humano y falible, los hipocráticos sabían que frente a la enfermedad, únicamente era posible acercarse a una escucha de los síntomas, a la comprensión dialógica de su percepción. Esta capacidad de apertura subjetiva en medio de las circunstancias con vistas a ampliar una posibilidad de intelección era la única vía capaz de emprender la identificación de sus causas. Sólo así podrían éstas inscribirse luego en un saber epistémico y devenir plausibles de componer un pronóstico de las acciones factibles a emprender para su cura.

La práctica médica no viene entonces únicamente asegurada por criterios racionales. Precisa dar cuenta de la vida humana, en tantas dimensiones como sea posible, y al respecto, ciertamente uno de los aportes más interesantes de la *Antigua Medicina*, es la redefinición del arcaico y clásico *metron*²⁰: como un ejercicio práctico que viene siempre ligado a la tarea de “percibir el cuerpo”.

La investigadora Monique Trédé, también pone en valor este desplazamiento:

Es mérito de la medicina griega haber intentado definir un “metrón” capaz de permitir, cada vez, una finalidad terapéutica precisa, adaptándose a la diversidad de temperamentos y remedios. Entre la unicidad –sin cesar variable-, y la totalidad, que solo permite una certeza definitiva, la medicina griega define su vía, la de la pluralidad,

¹⁹ Ibid., p. 470. Nuestra traducción.

²⁰ *Metron*, recordemos, que en el mundo arcaico era un vocablo portador de la estirpe apolínea del orden, rigiendo sobre las medidas justas y las proporciones equilibradas entre los hombres en términos generales, en el pensamiento clásico, luego, *metron* continuará su hálito apolíneo y se ligará al imaginario virtuoso de los criterios de prudencia (entre el exceso y el defecto, tal como nos recuerda Aristóteles), en función de sostener las *summetrias* (*medidas, proporciones, equilibrios*) requeridas por la práctica política, ética, estética, médica, etc.

en un mundo donde todo se concibe de un modo relacional²¹.

El lento trabajo de escucha de la pluralidad relacional que impone el vínculo del cuerpo con el contexto, entonces, hace del *metrón* una llave heurística paciente. Debe atender a ir vinculando las distintas percepciones y los diversos tempos que componen la práctica de la *aisthesis tou somatòs*, la “percepción del cuerpo”. No es nuestra intención realizar una descripción exhaustiva de los pormenores que hacen al debate filológico sobre la traducción de esta expresión –que oscilan entre una interpretación ligada al régimen de alimentos y otra a la escucha de los síntomas en el relato dirigido al médico²²–, pero sí nos interesa recuperar el doble sentido que comporta *aisthesis*: puesto que la formulación ‘percibir el cuerpo’ refiere tanto a la cuestión del régimen y al estudio de los efectos de su administración minuciosamente dosificada para lograr la cura del enfermo, como a las sensaciones que el paciente *percibe* en su cuerpo *cuando* consulta al médico. Esta percepción relacional, así, tiene como centro un diálogo médico/paciente y va conformando un saber combinado, a la vez sensorial y técnico. De esta manera, la práctica médica, recaba *su propia palabra* a través de una articulación con un saber siempre parcial circunstanciado, y va conformando *su propio saber* habilitando una escucha que requiere la disponibilidad de apertura propia de una relación dialógica: es preciso escuchar, sentir, inteligir, el testimonio del paciente. Asir su dolor, su preocupación. Situar su problema. Entre uno y otro, médico y paciente así asumen un riesgo: el que implica la tarea de “traducir” un mundo subjetivo, *sintiente*, para desplazarlo al orden del pronóstico. Es el médico quien debe incorporar este saber: inscribir epistémicamente las vivencias que le han sido relatadas, las sensaciones, las recurrencias, las excepciones del paciente. En este diálogo en el que *metron* está al servicio de una heurística de la contingencia, el médico puede validar la descripción de las sensaciones percibidas por el enfermo porque su relato es articulado, probado e integrado a una tipología –*eidòs*– de las *aisthesis*, que luego formulará pronóstico.

²¹ M. Trédé. *Kairos. L'à-propos et l'occasion...*, op. cit., p. 168. La traducción es propia.

²² *Ibid.*, p. 167.

Saber y percepción se articulan entonces a la búsqueda de ese *metron* como medida ajustada a lo que va haciendo *krisis* en cada situación. Una suerte de dominio intuitivo se incorpora entonces como parte del acto de conocer.

De un modo revelador, la articulación entre testimonio e interpretación, entre el relato del enfermo y el del saber hacer del médico, compone una especie de lenguaje “a dos voces” con el que se va armando la definición de los “puntos críticos” de la crisis en cuestión. Este diálogo polifónico, debe arribar a detectar cuáles son los “signos críticos” (*epikaira semeia*): posición del enfermo en su cama, chirrido de dientes, delirio, sudores, frío o calor en las extremidades del cuerpo, calidad del sueño, deposiciones, orinas, vómitos, escupidas, etc., que, a simple vista nada valen por sí mismos sino que adquieren su relevancia problemática cuando son puestos en relación. De este modo, el arte de prever tanto la cura como la reincidencia, la cronicidad o el deceso de una persona se basa en la conjunción de todos estos datos y de todos estos *momentos*. Sólo siguiendo este procedimiento podrán determinarse los momentos decisivos de la enfermedad, los tiempos cruciales para la acción terapéutica.

Así, tal como veremos en lo que sigue, el médico, frente a los signos críticos que percibe en el enfermo, solo puede “pronosticar”, es decir, componer un *eidos* –una elaboración de “tipos”, “disposiciones”, “formas”– de modo de poder comenzar a planificar las curaciones posibles. Este saber le permite actuar, ciertamente, aunque no anticipar completamente un resultado: Si un cuerpo enfermo representa una pérdida de equilibrio, el médico, al igual que el navegante homérico, debe pilotear las pruebas más difíciles en el medio de un universo móvil y cambiante para hacer frente al desafío de restablecer el equilibrio perdido sabiendo que éste nunca volverá a ser el mismo. Así, definiendo el cada vez de su *metron*, el médico *mensura* los conocimientos más *ajustados* a las particularidades de su caso, y los dispone a la dinámica del devenir. En efecto, la discriminación de los factores influyentes en cada coyuntura implicará de ahora en más la consideración ineludible de una dimensión temporal que no podría ser leída de un modo continuista, ya que, transida por el

desequilibrio de *krisis*, en su seno habilita una discontinuidad que podría ser ruptura.

La temporalidad no transicional del pronóstico

La cartografía de esta problemática es inmensa y a los fines de los argumentos principales ligados a la temporalidad en este artículo, examinaremos finalmente las tesis centrales que componen los llamados “tratados clínicos” del Corpus hipocrático. Especialmente, nos detendremos en los escritos intitulados *Sobre las crisis* y *Sobre los días críticos* y *Pronóstico*, para dar cuenta de la temporalidad específica, cualitativa y actuante, en la que se inscribe la crisis en este contexto.

En este sentido, es necesario tener en cuenta, tal como hemos desarrollado, que en la configuración clásica que estamos analizando aquí las perturbaciones que causan el desequilibrio de un cuerpo y provocan una enfermedad, buscarán ser aprehendidas como parte de “procesos” que han de ser tratados teniendo en cuenta su discontinuo desenvolvimiento temporal. Dijimos, la crisis es marca de un desequilibrio que se sabe nunca completamente reequilibrable, y esta dinámica paradójica que marca su accionar resulta ciertamente interesante para las preguntas que elaboran las hipótesis de trabajo de este artículo.

Tal como lo explicitan los libros V y VII de las *Epidemias*²³, estos procesos lejos de ser unilineales ni monocordes, se compondrían de una mezcla (*krisis*) de factores, causas y *tiempos desiguales*. Mediante este registro, entonces, es que se habilita la elaboración de la suerte de *eidōs* temporal que supone el Pronóstico, es decir, una tipología de “fases” o “prognosis” sistematizadora del devenir de las enfermedades:

Primeramente, el momento del *pepasmōs* o *pepsis*: el tiempo de “cocción” de los elementos en el cuerpo que pueden ser eliminados o transformados en “depósitos”

²³Esta lectura está basada en la interpretación erudita de estos textos por parte del especialista F. Robert, “La prognose hippocratique dans les livres V et VII des Épidémies”, en: *Le monde grec. Hommages à Claire Préaux*, Jean Bingen, Guy Cambier y Georges Nachtergael (éds.), Bruxelles, Éditions de l’Université de Bruxelles, 1975, pp. 57-70.

que lleven luego a una enfermedad.

Segundo, el momento de la *apostasis*: el proceso de “depósito” que implica la fijación en algún punto del cuerpo de aquello que no ha podido ser eliminado.

Tercero y *decisivo*, la *crisis* o momento donde se juzga la enfermedad y la administración del *pharmakon* –droga, pócima-, con pleno riesgo de producir tanto la cura o el envenenamiento del enfermo;

Cuarto, el tiempo de la cura o la *hipostrofe* o reincidencia, que se produce según los efectos insondables ocurridos en el momento de la *acción crítica*.

Es interesante advertir, frente a esta sistematización de la sucesión, y desalentando toda interpretación continuista, que no por tratarse de un ‘proceso’ esta temporalidad obedece necesariamente a un modelo transicional. Tampoco la temporalidad de estos momentos podría concebirse desasida de su cualidad o desde un registro que no dé cuenta de la singularidad específica que va haciendo a la circunscripción de “fases” que supone. Al contrario, asido desde la coyuntura de sus mezclas (*krasis*), el tiempo sigue siendo aquí una dimensión circunstanciada, que en cada situación ha de articular al menos tres instancias ineludibles: “...*el origen de la enfermedad, su punto culminante, y la hora en la que la enfermedad es ‘juzgada’*”²⁴.

Particularmente, *krisis*, tal como podemos apreciar aquí, ocupa el espacio-tiempo de un “momento” que es siempre un pasaje inestable. Es el “momento crítico” de la tercera etapa de la prognosis, la instancia de “juicio” –donde, por la vía de la administración ambivalente de los *pharmakon*²⁵– se decidirá el rumbo fasto o nefasto del curso de una enfermedad y por lo tanto, la salud del paciente. Es interesante reparar, en este sentido, tal como nos muestra el registro perceptivo y dialógico de sus signos, *la crisis* tiende a producirse siempre en “días críticos” –tal como, según hemos visto, lo establece la modulación de etapas del pronóstico²⁶. La observación

²⁴ M. Trédé, *Kairós...*, op. cit., p. 179. Traducción propia.

²⁵ “*Pharmakon*” es el nombre que reciben, en la Grecia clásica, las pócimas y/o drogas dotadas de un poder siempre ambivalente, incapaces de conjurar su efecto, ya que se mostraban, según el objeto y según las circunstancias, tanto capaces de curar como de envenenar al paciente.

²⁶ En su escrito intitulado *Pronóstico*, Hipócrates describe las fases de las enfermedades agudas,

minuciosa de los ciclos de cada enfermedad y la distinción de sus períodos sustenta así la edificación de otro *eidos*: una suerte de tipología de los momentos claves para la toma de una “decisión”.

Así, tal como lo recuerda el *Pronóstico*

Hay que aprender a reconocer con exactitud la constitución de cada estación y de cada enfermedad, distinguiendo... qué enfermedad es larga y mortal, cuál es aguda y sin peligro. Partiendo de allí, estamos en estado de observar el orden de los días críticos y extraer los elementos del pronóstico. Cuando sabemos estas cosas, sabemos también a qué enfermo, en qué tiempo y de qué manera es preciso alimentarlo²⁷.

En consecuencia, la importancia de estos “días críticos”, radica en el peculiar lapso temporal que permite inteligir y se aboca a estudiar, visto que es donde tendrán lugar las principales modificaciones clínicas. Así, el “momento crítico”, álgido (*akmé*) donde se *juzga* la enfermedad, produce la reunión entre la noción de *krisis* y el *krinein* (*krino*) de su par etimológico, puesto que la crisis aquí implica un pivote y/o corte que redistribuye las posibilidades del tiempo del enfermo. Tal como veremos a continuación, esta ocurrencia tiene lugar en un momento que *tiene poco tiempo* y allí

asociando a su pronóstico siempre el cálculo de un “número”: “*La misma cantidad de días que conducen a la cura o a la muerte de los enfermos regula las crisis de las fiebres. Las más benignas (...) se terminan en cuatro días o antes; las más malignas (...) matan en cuatro horas o antes. Tal es el límite de su primer período. El segundo período llega al séptimo día; el tercero al onceavo; el cuarto al catorceavo; el quinto al diecisieteavo; el sexto al vigésimo. Así los períodos de las enfermedades más agudas van de cuatro en cuatro días hasta el vigésimo. Pero nada de todo esto puede ser calculado rigurosamente a partir de días enteros ya que ni el año, ni el mes se cuentan por días enteros.*” (Hipócrates, *Tratado...*, op.cit, 20). Traducción nuestra. Esta periodización de “días críticos” ordenados en triadas o tétradas tiene una larga historia en el pensamiento griego. El clásico estudio filológico de Roscher (1906) analiza esta periodización del tiempo buscando su origen en el “principio septenario” propio del pensamiento griego (Cfr. Trédé, *Kairós...*, op. cit.). Para el autor, la utilización de dicho principio en el seno de la práctica médica de los siglos V y IV a.C., debe ser rastreado en su doble origen: por un lado, es heredero de las más antiguas creencias religiosas y populares sobre el funcionamiento de los planetas –especialmente, respecto de la luna- que organizan los tiempos del calendario y, más específicamente, la regulación de la porción de tiempo entendida como “hebdomadario”; el otro origen se reconoce en el legado pitagórico, cuya escuela concebía lo que se ha dado en conocer como una suerte de “mística de los números”, concediendo virtudes extraordinarias a ciertos números por sobre otros. La crisis, tendrá aquí, un número particular (3 o 7), cuya cualidad impar le permite pivotar sobre un equilibrio que no puede ser binarizado.

²⁷ Hipócrates, *Tratado...*, op.cit, p. 20. Traducción propia.

ha arriesgarse, empero, en una acción decisiva, la administración siempre ambivalente del *pharmakon*. El enfermo puede tanto sanar como empeorar, y aun si este destino no está asegurado, la crisis es señal de que es preciso, con urgencia, actuar.

Actuar en un momento que tiene poco tiempo

Reclamando actuar en ese momento crítico, la crisis produce una apertura del tiempo escindiendo su pronóstico de una temporalidad de la transición. Este tiempo aprehendido, apropiado en el pronóstico, tal como analizamos, es siempre diferente ya que se encuentra cualitativamente ligado a la experiencia. La antigua lengua griega reserva un nombre para el tiempo actuante asido en su cualidad: *kairós*, noción cuya puesta en valor nos permitirá finalizar la instancia del presente análisis.

“*El tiempo es aquello en lo que hay kairos y kairos es aquello en lo que hay poco tiempo*” —advertían los *Preceptos*²⁸. Así se nombra al momento, *con poco tiempo*, de la fase “crítica” de la prognosis. Este punto de *krisis* le exige al tiempo erguirse con una cualidad distinta a la que ya traía y, mediante una acción decisiva, bifurcarse de la temporalidad transicional que podría incitar la lectura de un pronóstico. Ahora bien, ¿cuál es este tiempo específico, que hace crisis y puede ser valorado en su cualidad, que aun siendo breve puede críticamente desdoblar el orden de posibilidades en vigor?

Kairós, esta noción arcaica heredera de las *summetrias* requeridas de los espacios justos y equivalentes de los tejidos apolíneos en la tierra²⁹, pertenece, etimológicamente, a la misma familia que *krisis*, *krasis* y *krinein*, y hereda la fuerza

²⁸Hipócrates, op. cit., p. 250.

²⁹*Kairos*, o más tempranamente, su forma adjetiva *kairos*, es el nombre que viene a marcar las distancias justas para el entreveramiento de las lanas en el telar, metáfora textil será capital para el posterior tejido político de la *polis*, notablemente en la obra de Platón y Aristóteles (Cfr. B. Gallet, *Recherches sur kairos et l'ambiguïté dans la poésie de Pindare*, Bordeaux, Presses Universitaires de Bordeaux, 1990; J. Onians, *Arte y pensamiento en la época helenística: la visión griega del mundo (350 A.C. – 50 A.C.)*, Barcelona, Editorial Alianza, 1996)

de corte y la potencia de muerte que habita en su radical **krrr*. Tal como testimonia la *Iliada*, *kairós* indica el punto defectuoso de la juntura de la armadura o de la osamenta del cráneo de un caballo de guerra; es el nombre que viene a marcar las fisuras espaciales para la irrupción de un tiempo fatal³⁰. Según cuenta el mito, este espíritu alado y fugaz, hijo de Zeus y de Tijé, artífice de la creación de oportunidades cualitativas del tiempo en el espesor severo del tiempo cuantificable de Cronos, es el nombre de las oportunidades aprovechadas y de las ocasiones perdidas.



Personificación de Kairós esculpida por Lisippo para Alejandro Magno, en Pella. Siglo II A.-C., Museo de Antichità di Torino.

Tal como lo figura su imagen: es joven e intrépido, tiene alas en los pies que le permiten sobrevolar siempre cerca del suelo y no permanecer nunca en el mismo sitio. Es calvo, tal como resuena el refrán –“a la oportunidad la pintan calva”– por lo que no hay que dejarla pasar ya que no es posible repetirla, tampoco retenerla. Este semi-dios, tiene en una mano una navaja con la que corta el tiempo transicional y en la otra una balanza que está siempre desbalanceada -o al menos así aparece a nuestros ojos domesticados en la lógica de la estabilidad, puesto que los términos dados para el equilibrio no se corresponden con lo que precisa, cada vez, el juicio de

³⁰En el contexto de su uso clásico, tomado por la crisis que surca las epistemes del siglo V, *kairós* convocaba un registro de la multiplicidad y marcaba tanto las tensiones de las paradojas del mundo como la imposibilidad humana de pretender estabilizarlo: es, en la obra de Platón, el punto el *akmé* que viene a operar de ‘agregado’ para el tejido incomponible de la *polis*, es el punto de reunión imposible entre ideas y reminiscencias, es el momento crítico del parresiasta –tal como cuenta en su Carta VII, en el que se encuentra sin amigos y sin oportunidades, arriesgando su palabra y su vida interpelando al gobierno de Ion; luego será la alerta trágica constante por una práctica de prudencia en Aristóteles, la oportunidad de un actuar *pharmakológico* del lenguaje, en la boca de los sofistas.

su particularidad.

En este sentido, *kairós*, asido por la crisis central al momento crítico hipocrático, implica siempre una toma de decisión, una acción que produzca un vuelco en el orden dado como evidente de las cosas. Claro está, la tarea es difícil, y exige coraje: es preciso realizar un corte *a tiempo* ya que el *destiempo* (*akairós*), en materia de salud y enfermedad, podría resultar fatal. Tal es la importancia de este “poco tiempo” donde se dirime una posibilidad práctica al servicio de hacer diferencia respecto de lo vigente. En estos términos, lo relata Hipócrates en el capítulo V del *Primer Libro de las Enfermedades*, donde *kairós* y *akairós* aparecen en la siguiente traducción³¹, mencionados a la manera de “momento propicio” y “contratiempo” o “destiempo”, respectivamente:

Los momentos propicios para actuar son, para decirlo de una vez por todas, numerosos y de toda clase en medicina, como lo prueban las enfermedades, las afecciones y sus tratamientos. Los momentos más fugitivos son aquellos en los que es preciso socorrer a los enfermos que desfallecen, que no pueden orinar o defecar, o se ahogan, o cuando es preciso asistir a una mujer que da a luz o que aborta, casos de este tipo. Estos momentos son fugitivos, y no alcanza tan sólo con intervenir, ya que si se interviene un poco más tarde, un poco más tarde, probablemente la mayoría de estos pacientes ya hayan muerto. [...] Hay casos en los que se pierde el momento de actuar. Lo que debió ser tratado por la mañana, si es tratado al mediodía, es tratado a contratiempo; a contratiempo, en este sentido el mal empeora porque el tratamiento no se ha hecho cuando se debía. (...) En tales casos, se cura a destiempo³².

El par *kairós/akairós* funciona así como criterio práctico frente a la decisividad reclamada por un actuar “crítico” en el tiempo. Así, este “momento crítico” busca, en un horizonte sin certezas donde reposar sus previsiones, actuar en el “momento justo” para reequilibrar lo vitalmente saludable. *Kairós, krinein...* la *krisis* de la enfermedad

³¹ Para esta interpretación nos basamos en el estudio filológico de la traducción del Corpus realizado por R. Wittern, *Die hippokratische Schrift De morbis I, Ausgabe, Übersetzung und Erläuterungen*, New York, Hildesheim, 1974, retomado por Monique Trédé, *Kairós*, op. cit., pp. 184-185.

³²La traducción es nuestra.

solicita la justeza de una precisión que no admite contratiempos.

En esta configuración problemática, entonces, la crisis es la figura de un pivote *en tiempo presente* que, frente a las expectativas de futuro no ofrece plan a seguir pero que sin embargo **exige actuar ahora**. Es un punto de clivaje del tiempo que, *aun con poco tiempo*, hace advenir lo que todavía no puede ver, y lo que aun no llega a prescribir. *Kairós* habilitando una temporalidad específica para *krisis*, aquí viene a nombrar lo que en una visión de conjunto se mostraba imposible de aprehender, pero que sin embargo puede, efectivamente, ser asido de otra manera. Asir de otra manera..., es decir, captar, atrapar, aprovechar, sorprender, empuñar lo que Hipócrates había percibido en sus tensiones constitutivas: la crisis es lo que en cada ocasión debe ser tratado de otra manera.

Hacia un estatuto epistémico activo de la crisis hoy

Llegados a este punto finalizaremos este recorrido analítico que nos ha llevado lejos en el tiempo a fines de poner en valor la semántica mayor, variable y abierta, que ha habilitado respecto de la crisis. Marcaremos una pausa en un estudio que se quiere, en cambio, no suturado, sino capaz de sostener a su vez una apertura *crítica*. Por ello, estas palabras finales no son concluyentes, sino que permiten reposicionar los términos de una reflexión que deberá ser proseguida, cotejada, nuevamente interpelada.

En todo caso, podemos decir que el estudio genealógico de *krisis*, y del cortejo polisémico que la vincula a *krasis*, *krino*, *kûno*, *kairós*, que hemos ido resituando en este artículo, permite contribuir al trabajo de búsqueda de reposicionamientos categoriales requerido por las perspectivas de la filosofía política contemporánea para la tarea crítica del presente. Ciertamente, la producción de saber en la que ella se inscribe en el contexto de la naciente medicina hipocrática, no solo la obliga a partir de un diagnóstico de la multiformidad de la experiencia, de la diversidad de prácticas mezcladas que hacen a la coyuntura de una situación particular, también la obliga a

sostener un diálogo en el que participan diversos registros, intuitivos, perceptivos, orales, disciplinarios. En esa circunstancialidad siempre históricamente situada, crisis indica el breve momento en el que ha de decidirse una acción: su “juicio” deviene así gesto activo capaz de cortar la reproducción de la lógica de los repartos vigentes, decidiendo el provecho de una oportunidad *también* presente en este momento *káirico* y crítico del tiempo.

De esta manera, sostenemos que crisis de la mano de *krisis*, puede animarse a recuperar lo que hemos llamado su *estatuto epistémico activo* y reinvestir las posibilidades críticas del diagnóstico de lo actual. Crisis que, definitivamente, munida de esta fuerza, podría desasirse de la nulidad temporal de su régimen presentista, y reelaborarse, en cambio, cual práctica de *aisthesis*, mediante un saber mensurable y perceptivo, móvil y sintiente de sus prácticas (del sufrimiento que hablar de crisis implica). Crisis que, aun si su facultad bifurcativa del tiempo no le permita anticipar ni dominar el curso de los acontecimientos, es portadora de un saber que sabe que, con todo y a pesar de todo, aquí y ahora, debe actuar. Esa es su urgencia.

Probablemente, para tomar distancia y estar en grado de interpelar los desafíos que la crisis del diagnóstico de nuestro presente sigue exigiendo, sea útil genealogizar y aprovechar la ampliación de la mirada que los anacronismos históricos pueden tensar con nuestra actualidad. Si permitimos esta tensión polisémica y esta apertura de pensamiento, sin duda, el antiguo mundo griego ofrece un cortejo semántico cuya fuerza experiencial puede reavivar nuestro entendimiento actual de la crisis de nuestro presente, exigiéndole el retorno de su capacidad actuante.

Bibliografía

B. Cassin, (comp.), *Vocabulaire européen des philosophies: Dictionnaire des Intraduisibles*, Paris, Éditions du Seuil, 2004.

B. Gallet, *Recherches sur kairos et l'ambiguïté dans la poésie de Pindare*, Bordeaux, Presses Universitaires de Bordeaux, 1990.

Demócrito, “Máximas”, en: *Fragmentos Presocráticos: de Tales a Demócrito*, Buenos Aires, Alianza, 2008.

E. Littré, *Oeuvres Complètes d'Hippocrate*, Traduction Nouvelle, 21 vols, París, Baillièrre. Librairie de l'Académie Royale de Médecine, 1839.

F. Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, México, Universidad Iberoamericana, 2007.

F. Heinimann, “Mass, Gewicht und Zahl”, *Museum Helveticum*, Vol. 32, No. 3 (1975), p. 183-196.

F. Robert, “La prognose hippocratique dans les livres V et VII des *Épidémies*”, en: *Le monde grec. Hommages à Claire Préaux*, Jean Bingen, Guy Cambier y Georges Nachtergaele (éds.), Bruxelles, Éditions de l'Université de Bruxelles, 1975, pp. 57-70.

G. Agamben, *Signatura rerum. Sobre el método*, Ed. Adriana Hidalgo, Bs. Aires, 2009.

G. Deleuze, *Diferencia y repetición*, Buenos Aires, Amorrortu, 2002.

H. G. Liddell, y S. Robert, comp., *A Greek-English Lexicon*, Oxford, Clarendon Press, 1968.

H. Marcuse, *One-Dimensional Man: Studies in the Ideology of Advanced Industrial Society*, Boston, Beacon Press, 1954.

Hipócrates, “Corpus Hipocraticum”, 420, 350 a.C, en: E. Littré, *Oeuvres Complètes d'Hippocrate*. Traduction Nouvelle. 21 vols. Paris: Baillièrre, Librairie de l'Académie Royale de Médecine, 1839.

J. Onians, *Arte y pensamiento en la época helenística: la visión griega del mundo (350 A.C. – 50 A.C.)*, Barcelona, Editorial Alianza, 1996.

M. Foucault, *Nietzsche, la généalogie, l'histoire. Hommage à Jean Hyppolite*, Paris, P.U.F., 1971.

M. Foucault, *Le courage de la vérité. Le gouvernement de soi et des autres II. Cours au Collège de France 1983-1984*, Paris, Seuil, Gallimard, 2009.

M. Foucault, “L'éthique du souci de soi comme pratique de la liberté”, Entrevista con H. Becker, R. Fornet-Betancourt, A. Gomez-Müller, 20 enero 1984, en: *Dits et Écrits*, Vol. 2, Paris, Quarto Gallimard, 2001, pp. 1527-1549.

M. Lazzarato, *Políticas del acontecimiento*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2006.

M. Trédé, *Kairos. L'à-propos et l'occasion (Le mot et la notion, d'Homère à la fin du IV^e siècle avant J.-C.)*, Paris, Éditions Klincksieck, 1992.

O. Marchart, *El pensamiento político postfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2009.

P. Chantraine, *Dictionnaire étymologie de la langue grecque. Histoire des mots*, Vol. II E-K, París, Klincksieck, 1970.

P. Nora, “La mémoire collective”, en: J. Le Goff (dir.), *La nouvelle histoire*, París, Retz-CEPL, 1978, p. 398- 401.

P. Vermeren, “La aporía de la democracia por venir y la reafirmación de la filosofía”, *Enrahonar. Quaderns de Filosofia*, 48, 2012, p. 85-94.

P. Virno, *El recuerdo del presente. Ensayo sobre el tiempo histórico*, Bs. As, Paidós, 2003.

R. Espósito, *Inmunitas. Protección y negación de la vida*, Bs. As., Amorrortu, 2005.

R. Wittern, *Die hippokratische Schrift De morbis I, Ausgabe, Übersetzung und Eläuterungen*, New York, Hildeshem, 1974.

S. Sferco, *Foucault y kairós. Los tiempos discontinuos de la acción política*. Ed. Universidad Nacional de Quilmes, Bernal-Buenos Aires, 2015.

W. Benjamin, *Thesis on the concept of history. Selected Writings. Volume 4 1938-1940*, England, The Belknap Press of Harvard University Press. Cambridge, Massachusetts and London, 2003.

W. Jaeger, *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, México, FCE, 1957.